

Beato Josemaría, y que el Concilio enseñó con fuerza la doctrina de la importancia de los laicos en la vida de la Iglesia. Nadie puede presumir de tener el copyright de los designios de Dios. Hace cincuenta años, el Beato Josemaría era considerado un hereje por algunos, que pensaban que era demasiado progresista. Hoy, para otros, somos reaccionarios. Como le dije antes, los juicios de ese estilo sólo muestran que hay que conocer la historia, y la historia de la Iglesia, desde la perspectiva adecuada. La Iglesia no avanza en función de las tensiones entre progresistas y reaccionarios: procede por tradición, por adhesión a un mensaje divino dado en un momento concreto y válido para siempre, que ha de aplicarse de modo vivo, profundizando en él cada vez más.

¿Cómo es su relación con Juan Pablo II?

Filial, afectuosa, confiada. He estado con él para confirmar una vez más la plena adhesión del Opus Dei al Magisterio del Papa y a su guía, como Pastor de toda la Iglesia, como sucesor de San Pedro, el vicario de Cristo.

Vd. ha vivido durante veinte años junto a Josemaría Escrivá de Balaguer. ¿Qué tipo de persona era?

Un sacerdote de Dios, un hombre de gran categoría, un padre cariñoso y un santo muy humilde y muy alegre. El resultado de esas dotes era que junto a él se estaba realmente bien. Contagiaba la alegría de ser cristiano. Entre lo mucho que le debo destaca el ejemplo práctico que me dio: fue su ejemplo, antes aún que sus palabras, lo que me enseñó cómo se puede encontrar a Dios en los asuntos

de cada día. He tenido la enorme suerte de haber conocido de cerca a un gigante del espíritu como el fundador del Opus Dei. Una fortuna que me llena de responsabilidad.

Cuenta Vittorio Messori, en su libro "Opus Dei. Una investigación", que cuando entró en la sede central se quedó impresionado por la solidez de la construcción, por los suelos de mármol, las columnas..., y el joven que le acompañaba le explicó: "Es para ahorrar. Todo esto debe durar siglos". ¿Cree de veras que en el futuro de la Iglesia estará siempre el Opus Dei?

Sí. Lo creemos, porque cuando Dios se empeña es más fiel que los hombres, más fuerte que nuestras debilidades. Será lo que Dios quiera. Tenemos la certeza de que el Señor no abandona al hombre si el hombre no lo abandona a Él.

Il Sole-24 Ore 24-V-1997

El 24 de mayo de 1997, "Il Sole-24 Ore" publicó, con el título "Solidaridad y valor del trabajo", el siguiente artículo de S.E.R. Mons. Javier Echevarría.

SOLIDARIDAD Y VALOR DEL TRABAJO

Algunas disposiciones jurídicas recientes han puesto en discusión una vez más en Italia la cuestión del derecho primario al trabajo y, consiguientemente, del valor del trabajo para el hombre

de hoy, una cuestión que en realidad no es sólo italiana, sino universal. La crisis actual del hombre en cuanto sujeto de la actividad laboral depende, en medida no pequeña, de dos falsas concepciones del trabajo: de la materialista, que durante más de un siglo ha polarizado la atención sobre el riesgo de la alienación y ha incitado a la lucha de clases, y de la tecnocrática, típica del culto a la eficiencia y caracterizada por una visión puramente instrumental del trabajo. Ambas concepciones conllevan consecuencias negativas, ya sea desde el punto de vista personal —frustraciones de diverso tipo— o social.

Todo aspecto de la vida humana que es importante para la conciencia civil es también importante para la Iglesia, que a lo largo de su historia ha tenido siempre en gran consideración todo aquello que es realmente relevante para el hombre, ya se trate de problemas individuales o de valores sociales: Cristo es Dios que ha asumido la naturaleza humana con todos sus valores y con todos sus problemas; y la Iglesia, fiel a su Fundador, comparte con todos los hombres de buena voluntad la solicitud por los problemas reales. A esa solicitud puede y debe aportar la Iglesia, además, el “suplemento de alma” en el que se cifra su diferencia específica.

La Iglesia de hoy, por otra parte, se presenta en la escena de los problemas sociales y laborales con unas credenciales realmente extraordinarias: las de las obras sociales que ha promovido o ha contribuido a promover y las de una doctrina social admirablemente desarrollada a lo largo de los cien últimos años. En nuestros días, la in-

ventiva y la sensibilidad social de los cristianos siguen dando vida a nuevas formas de solidaridad con el mundo del trabajo, por medio de escuelas profesionales de distinto tipo que responden a las condiciones reales de la sociedad, de la instrucción y del mercado de trabajo. No hay que olvidar que la misma idea de escuela profesional nació dentro de la Iglesia, como en otros tiempos nacieron en el seno de la Iglesia las universidades, los hospitales, los hospicios, los asilos.

Como motor de este empeño humano, el cristiano debe siempre tener presente y hacer presente a todos el fin último del trabajo y de toda la vida sobre esta tierra, y elevar en consecuencia el trabajo a la dignidad de medio de santificación personal y ajena.

El Beato Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, estaba convencido de que “estas crisis mundiales son crisis de santos”. En mi opinión, sus palabras se pueden aplicar también a la “crisis” antes aludida del hombre en cuanto sujeto de la actividad laboral. Si los cristianos se santifican en el trabajo, cabe esperar que la justicia triunfe finalmente, que la corrupción se vea erradicada, que cese la explotación, que la prepotencia y el egoísmo individual o de clase cedan el sitio a la solidaridad y a la solicitud por el bien común. Quienes conocen los recursos admirables del espíritu humano y, al mismo tiempo, no se engañan acerca del origen esencialmente moral de las injusticias que convulsionan el mundo del trabajo, se darán cuenta de que este concreto mensaje constituye una verdadera so-

lución de las “crisis mundiales”. Otras soluciones que apuntan solamente a reformas o a revoluciones (es decir, a remedios externos a la conciencia) se han revelado siempre ilusorias, utópicas, porque no defienden la libertad total de la persona.

La recepción del mensaje que deriva del “Evangelio del trabajo” —según la certera expresión de Juan Pablo II en su encíclica *Laborem exercens*— es, para el hombre de hoy, una gran liberación. Ese mensaje no es otro que el del valor auténticamente divino que se esconde en las más normales condiciones del trabajo cuando éste se realiza con deseo de servir, de contribuir al desarrollo social, a la fraternidad, a la restauración de la justicia, a la instauración, en definitiva, de esa “civilización del amor” de que hablaba Pablo VI.

L'Osservatore Romano 26-VI-1997

El 26 de junio de 1997, se publicaron dos artículos del Obispo Prelado del Opus Dei. En “L'Osservatore Romano”, «Volver a descubrir el amor misericordioso de Cristo»; y «El significado secreto del Jubileo» en “Il Messaggero” de Roma.

VOLVER A DESCUBRIR EL AMOR MISERICORDIOSO DE CRISTO

Tres años pudieron convivir los Apóstoles con Jesucristo. Tres años que representaron para todos ellos,

salvo para el que le traicionó, una transformación radical de sus vidas. La cercanía al Maestro, la posibilidad de contemplar su ejemplo y de escuchar su doctrina, la amistad personal con Jesús, que les enseñaba a tratar como hijos a Dios Padre, y finalmente el envío del Espíritu Santo, hizo de ellos *otros hombres*. Al pensar en los tres años de preparación del Jubileo vienen con frecuencia a mi cabeza aquellos tres años que los Apóstoles pasaron junto a Jesús: con la gracia de Dios, este trienio puede ser para nosotros una oportunidad semejante, si procuramos buscar la cercanía, la amistad, el seguimiento de Jesucristo.

Porque, en definitiva, así cabría resumir la invitación que Juan Pablo II nos dirige en la *Tertio Millennio adveniente*: aprovechemos esta gran ocasión de acercarnos a Jesucristo, Verbo de Dios y Redentor del hombre, al conmemorar su Encarnación y Nacimiento. Me gusta recordar a este propósito que el Beato Josemaría Escrivá solía repetir Jesucristo «no es una figura que pasó, no es un recuerdo que se pierde en la historia», sino una Persona viva y siempre actual.

La ayuda de la gracia

Desea el Papa concretamente que dediquemos a Jesucristo el año 1997, primero de la fase de preparación del Jubileo (cfr. *Tertio Millennio adveniente*, n. 40). Y ha querido el Santo Padre recordarnos que ser cristiano no significa simplemente seguir una doctrina, atenerse a unas determinadas normas de comportamiento. El cristiano sigue a Jesucristo, intenta cono-